

En nuestro tiempo llegamos a hacernos la ilusión de que el hombre ejerce un cierto control sobre los fenómenos naturales, que le permite eludir algunas de las peores consecuencias de los cambios del ambiente. Sin embargo es un hecho que debemos convivir con alteraciones profundas del ambiente que condiciona nuestras vidas e incluso nuestro carácter colectivo sin que podamos hacer gran cosa para superarlas.

Un carácter nacional como el chileno se halla condicionado por estos desordenes imprevistos de la naturaleza que de amigable se torna hostil por causas de las que quisiéramos sin duda saber más. Terremotos y sequías son parte de nuestra historia nacional y social.

Hoy estamos mirando con inquietud el desarrollo de una sequía prolongada, y una cantidad de cosas que tomamos normalmente como seguras o garantizadas se nos tornan problemáticas.

Los efectos de la sequía están determinados por la relación entre la oferta del agua y su consumo.

A escala global, la oferta de agua es un factor sobre el cual tenemos poco o ningún control, por más que sus causas aparezcan más claras que en el pasado.

-Somos un país de clima mediterráneo que vive normalmente bajo un régimen de largas sequías estacionales, lo que nos hace dependientes para la supervivencia de animales y de plantas, de los grandes reservorios naturales, como los glaciares y nieves cordilleranas que alimentan los cauces de agua de superficie en ríos y vertientes; y mantienen la napa de aguas subterráneas.

- Dependemos de las condiciones de temperatura de la superficie del océano. Las aguas frías del anticiclón del Pacífico alejan las lluvias de nuestras costas, mientras que periódicamente el deslizamiento superficial de aguas tropicales en el fenómeno del Niño trae precipitaciones abundantes;

- Vivimos probablemente un período de calentamiento global acelerado por el aumento de CO<sub>2</sub> atmosférico determinado tal vez principalmente desde los grandes países industriales aunque también por fenómenos tales como la quema de las selvas amazónicas.

Como resultado de estos y otros factores se hace presente una disminución de la disponibilidad de agua que parece ser progresiva, y que aparte de las perturbaciones sobre la vida animal, trae un compromiso de la fotosíntesis

probablemente por el cierre de los estomas de las hojas, y eventualmente alteraciones profundas en el metabolismo vegetal.

Todo este cortejo de trastornos es viejo compañero de la humanidad en muchas zonas del planeta. Sus más tristes efectos son recordados en el relato del profeta Elías y la viuda de Sarepta, la que ya no tenía más que un puñado de harina para hacerse un pan, comer de él con su hijo y luego morir, mientras que el signo más manifiesto del poder de Dios a través del profeta es relatado como su oración en el monte Carmelo pidiendo y obteniendo el agua abundante sobre la tierra reseca.

Aun hoy día no nos encontramos en mejor situación que la de aquellos tiempos remotos en cuanto a aumentar la oferta de agua sobre nuestra propia tierra. Pero sí podemos tener una conducta más agresiva y técnicamente orientada en cuanto al aprovechamiento y uso de este elemento escaso. Así la adición de reservorios artificiales a los grandes reservorios cordilleranos;  
-así también la explotación de las napas subterráneas que puede restituir la fertilidad a tierras secas;  
-así en general el uso de métodos más cuidadosos y técnicamente rigurosos para el riego, de los cuales el más obvio sería el riego por goteo;  
-así el aprovechamiento de la neblina litoral como han hecho entre nosotros equipos de investigadores en el Norte Chico;  
-así la desalinización del agua.

Son a menudo procedimientos costosos en energía, pero que pueden llegar a ser necesidades ya que en el mundo moderno el desplazamiento de poblaciones en busca del agua o huyendo de su agotamiento, viejos recursos de tiempos arcaicos, no parecen ya practicables en ninguna escala significativa.

-A ellos debe agregarse la lucha contra el derroche del agua, y la aceptación de que ella es un recurso escaso. El precio de la civilización es que aire y agua que para los poetas de la antigüedad eran como los símbolos más propios de ambientes libres y plenamente disponibles, han dejado de serlo y deben ser cuidados y preservados con esmero y con uso acertado de las técnicas que correspondan.

Todo ello exige :

-estudios interdisciplinarios muy complejos que abarcan desde la climatología, hasta los hábitos de la población y las limitantes jurídicas y económicas que deben acompañar a la disposición del agua;  
-pero además la creación sistemática de una conciencia colectiva sobre la necesidad y maneras de cuidar de este recurso, con todos los medios que la ciencia ponga a nuestra mano. El uso inteligente y el rechazo al derroche son elementos culturales que pueden resultar decisivos.

Veo en esta última perspectiva, de toma de conciencia y de ilustración sobre las dimensiones y vías de abordaje de un fenómeno natural que nos apremia, las mejores consecuencias futuras de un seminario como este organizado por la

Federación de Estudiantes en respuesta motivada por la sensibilidad de los jóvenes ante un problema de tanto significado para el futuro del país.